

UNO
Mare



Dejaron que eligiera los días, pero al final la nieve habló por mí.

Tanto mejor. La decisión escapó de mis manos. Cuánto tiempo permanecer aquí, en qué momento regresar a la capital de Montfort: estas preguntas se evaporaron cuando el clima cambió. Pese a que eran sólo quince centímetros, apenas una capa de polvo para un lugar como Valle Paraíso, habría más. Me habían dicho que los inviernos eran aquí más rigurosos que los habituales, peores que el que soporté en la Muesca. Los ventisqueros son de tres metros de fondo, los ríos se congelan, las tormentas de nieve duran varios días. Todo es demasiado peligroso para los transportes o los jets de asalto. Claro que pudimos quedarnos la temporada entera. En su comunicado más reciente, Davidson aseguró que la cabaña estaba a nuestra disposición cuanto quisiéramos, pero no toqué el tema con mi familia. Ninguno tiene el menor deseo de pasar el invierno sepultado en la nieve con géiseres y bisontes como única compañía.

Afuera, Bree hace una aparatosa excavación frente a la puerta principal mientras nuestro padre supervisa, apoyado en su pala. Han dedicado toda la mañana a abrir un camino en la nieve que sirva de pista de aterrizaje para el jet, y sus rostros se han puesto rojos bajo sus gorras y pañoletas. Trammy ayuda a mamá a hacer el equipaje para nuestro vuelo al sur y la sigue de una habitación a otra. Ella lanza la ropa y él la atrapa y la dobla a la carrera. Gisa y yo observamos desde la pared de piedra de la cocina, con nuestro equipaje ya preparado. Llevamos puestos unos abultados suéteres combinados y nos inclinamos sobre tazas calientes para entrar en calor. La de Gisa contiene un cacao tan espeso como un budín y es igual de dulce. A pesar de que huele divino, prefiero el té con miel. Me recupero de un resfriado y no quiero volver a Montfort con la garganta irritada.

Es indudable que, una vez que lleguemos, tendré que hacer las consabidas rondas de discursos y conversaciones. Por más que estoy feliz de regresar a Ascendente, la capital, esto equivale a regresar en el tiempo, al creciente caos de una ceremonia de gala con la alianza. Y preferiría hacerlo en poder de toda mi fuerza.

En especial si Cal está ahí, pienso, y bebo otro hirviente sorbo. El calor me produce un escalofrío que llega hasta los dedos de mis pies.

Gisa me mira con curiosidad por encima de su taza y agita el cacao con una cuchara. Curva los labios en una sonrisa.

—¿Cuentas los segundos? —pregunta en voz baja, para que el torbellino del cuarto de al lado no la oiga.

—Sí —contesto sin rodeos—. Lamento la pérdida de un poco de paz y silencio.

Lame la cuchara hasta dejarla limpia y quién sabe cómo termina con una mancha de cacao sobre la ceja.

—¡Ay, por favor! Te volverías loca aquí. No creas que no me di cuenta de cómo un pequeño relámpago se arremolinaba con la ventisca de ayer.

Loca. Hago una mueca. Conozco pocas personas a las que les ajusta esa palabra, y una de ellas todavía me intranquiliza hasta la médula. El té se congela en mi estómago.

Cuando llegamos aquí, me dije que era para que sanáramos y lloráramos juntos. Y para que olvidáramos. Para que yo dejara a un lado todo lo que Maven me hizo y lo que yo le hice a él. En cambio, a duras penas pasa un día sin que sufra por su causa y su destino, se lo mereciera o no. ¡Si yo hubiese tomado la decisión correcta! ¡Si él pudiera haberse salvado!

Aún recuerdo la pequeña daga que tenía en la mano, la fuerza con que me sujetó. *Eras tú o él*, me digo por milésima ocasión esta mañana. Sea como fuere, parece siempre una mentira. *Tú o él.*

Mi hermana interpreta mi silencio con una mirada aguda. Es buena para descifrar mis emociones, por más que yo intente ocultarlas. Sabe cuándo insistir en ellas y cuándo dejarme en paz. Hoy debe ser esto último.

—¿Ya estás? —señala mi taza.

Asiento y consumo el resto del líquido. Me quema la garganta.

—Gracias.

Se desplaza al fregadero, donde se empeña en fregar hasta el último trasto. La sigo un segundo más tarde para recoger los platos secos del desayuno. ¿Alguien más vendrá aquí en los próximos meses o seremos las últimas caras que la cabaña verá hasta la primavera? El invierno debe ser encantador en este sitio, pese a lo difícil que es llegar a él. Y lo difícil que es dejarlo.

—¿Alguien ha visto mis calcetines? —aúlla Bree desde la sala e ignora el coro de protestas de Tramy y mamá. Seguro que arrastró nieve por todo el suelo.

Gisa ríe ante el fregadero lleno de espuma:

—¡Los quemé! —grita—. ¡Por el bien de la humanidad!

Mi risa es silenciosa en estos días, apenas poco más que un jadeo y una sonrisa tirante que tira de mis cicatrices. Mi estómago se tensa de cualquier forma, y casi me dobla de dolor. Hicimos bien en venir aquí. A reconstruirnos, a entender lo que somos ahora, a pesar de las piezas que hemos perdido.

Shade está enterrado a miles de kilómetros de aquí, pero siento que está con nosotros. Y por una vez, no me siento triste.

* * *

No había mucho equipaje que hacer. Los muebles, las raciones de comida e incluso el jabón de los baños se quedan en la cabaña. Sólo tenemos nuestra ropa y otros artículos personales. Gisa es la que tiene más *cosas*. Sus utensilios de arte y su costurero son quizá la carga más pesada que hay en el avión estacionado al borde del claro. Se preocupa por ellos como una madre nerviosa y vigila muy atenta mientras el piloto de Montfort los reúne con el resto de nuestro equipaje. Me sorprende que no insista en que viajen en su regazo. Mamá y los chicos ya están dentro, y se abrochan los cinturones de seguridad una vez a resguardo del frío.

Papá se aparta de la nave conmigo. Escudriña el terreno escarchado. Pienso que supone que un géiser explotará bajo nuestros pies y hará volar el avión en pedazos. No es una idea ridícula. Muchos de los claros y cuencas en Valle Paraíso están agujereados por géiseres y aguas termales, que humean incluso bajo la nieve.

Nuestra respiración forma nubes en el aire, como constancia del mal tiempo. Me pregunto si ya hará tanto frío en Ascendente. Apenas es octubre.

—¿Estás lista? —su voz es un rumor casi inaudible sobre los motores del jet encendidos. Sobre el avión, unas hélices enormes giran a un ritmo creciente.

Me gustaría responder que sí. Que estoy lista para regresar. Lista para ser Mare Barrow una vez más y que todo el mundo pueda verlo. Lista para volver a la lucha. Nuestra labor dista mucho de haber concluido y no puedo pasar el

resto de mi vida rodeada de árboles. Sería un desperdicio de mi talento, mi fuerza y mi influencia. Puedo hacer más, y quiero más para mí.

Pero eso no significa que esté preparada. Ni por asomo.

El piloto nos indica que subamos antes de que yo pueda responder, y me ahorra la pena de mentirle a mi padre.

No importa. Papá conoce la verdad. Lo siento en la forma en que se apoya al caminar, aunque él es el de la pierna que volvió a crecer.

Cada paso es más pesado que el anterior, el cinturón de seguridad una cadena en mi regazo. Y entonces despegamos, el terreno desaparece bajo un cúmulo de grises nubes en el que todo se vuelve vacío y brillante.

Permito que mi mentón caiga sobre mi pecho y finjo dormir. Aun con los ojos cerrados, siento que todos me miran. Calculan mi estado físico y mental basándose en la posición de mis hombros o mi mentón. Todavía tengo dificultades para hablar de las preocupaciones que rondan mi cabeza, así que mi familia se ve forzada a improvisar. Esto da ocasión a las preguntas idiotas de Bree, carente de toda sensibilidad emocional. En cambio, los demás han encontrado maneras de hacerlo, en particular Gisa y mi padre.

El rugido del avión dificulta hablar y entiendo sólo fragmentos de sus conversaciones, la mayoría de ellas inocuas. ¿Permaneceremos en la finca del premier antes de que nos mudemos a la nueva casa? ¿Gisa llevará por doquier a esa tendera para que los conozca a todos? No quiere hablar

de ella y Tramy cambia amablemente de tema. En su lugar, la mortifica con que necesita una chaqueta nueva para la inminente ceremonia de gala. Ella ríe, pero acepta hacérsela. Algo bordado con las flores silvestres que salpicaban Valle Paraíso, púrpuras y amarillas, también verdes.

La ceremonia de gala. Ni siquiera he tenido tiempo para pensar en los detalles de la celebración. Sobra decir que no soy la única que regresará a la capital esta semana. Una parte de mí se pregunta si Davidson envió una tormenta que me obligara a volver a la ciudad. No me molestaría si lo hubiera hecho. Me dio un buen pretexto para volver ahora, a tiempo para reunirme con tantos.

La nieve tomó la decisión, no yo.

Tampoco la fiesta.

Y desde luego, tampoco el señuelo de un joven de ojos bronceados y un trono destrozado.

Kilorn nos espera en la pista de Ascendente, para sorpresa de nadie. Ignoro si es posible, pero parece más alto que la última vez que lo vi, hace dos meses. Pese a que aseguró que nos visitaría en el norte, no tuvo oportunidad de hacerlo, entre sus deberes en Montfort y la forja de su vida aquí. Es probable que Cameron también tenga algo que ver en eso. Sirve de intermediaria junto con su padre, rebota entre la Guardia Escarlata, Montfort y su casa en los Estados de Norte, en tanto habla a nombre de los Rojos, hombres y mujeres por igual, de su ciudad tecnológica.

Ambos han sido invaluable para el esfuerzo de reconstrucción de los Estados y el allanamiento de las relaciones con la República. Kilorn aguarda solo, así que Cameron no debe haber llegado todavía, si es que va a venir. Por más que me gustaría verla y enterarme de todo lo que ocurre en el este, me alegra tener a Kilorn para mí sola durante un momento.

Su sonrisa se ensancha cuando nos ve, es una alta figura en la pista de aterrizaje. El furioso viento de las hélices agita su cabello leonado. Aunque intento contenerme para no esponjar su ego más de lo que ya está, no puedo evitar correr a su lado. Ansío verlo, y bajar de la estrecha caja de metal en la que estuvimos atrapados durante tres horas.

Abraza primero a mi madre, siempre un caballero. Ella es su madre en mayor medida que la mujer que lo abandonó hace unos años.

—¡No te has perdido las comidas! —mi madre palmea su vientre y él sonrío y se ruboriza. En efecto, está también más rechoncho, gracias a la alimentación de Montfort y un estilo de vida menos arriesgado. Yo no dejé de correr durante mi estancia en la cabaña, pero no creo que él pueda decir lo mismo. Su aspecto es sano, normal... estable.

—No le digas gordo, mamá —se burla Gisa, le pica el costado y sonrío—. Aun si es cierto —cualquier amor de colegiala que haya sentido por él, nacido de la proximidad, los celos o un deseo anticuado, se ha esfumado por completo.

Mamá la aleja y la reprende.

—¡Gisa! Kilorn se ve por fin como si se hubiera alimentado decentemente.

Él no se queda atrás, le revuelve el cabello y desprende de su moño perfecto un par de rizos rojos.

—¡Creí que eras la educada de la familia, Gee! —replica.

Bree se echa a cuestras su maleta y le da un codazo a nuestra hermana.

—Vive varios meses con ella en una cabaña y perderás todas tus ilusiones sobre esta pequeña dama.

Gisa no se molesta en empujarlo. Él casi mide el doble que ella. En cambio, cruza los brazos y frunce la nariz al tiempo que se retira airadamente.

—¿Sabes qué? —dice por encima del hombro—. También *iba* a hacerte a ti una chaqueta para la fiesta, ¡pero supongo que no me tomaré la molestia!

Bree sale disparado detrás de ella para quejarse mientras Tramy lo sigue con una sonrisa. No se atreverá a poner en peligro su atuendo, así que guarda silencio. Mamá y papá se encogen de hombros, satisfechos de ver que todos corretean y me dejan con Kilorn.

Por fortuna, nadie comenta que *yo* me he convertido en la civilizada de la familia, con mi adiestramiento en la corte, el tiempo durante el que me hice pasar por princesa y mi nueva afinidad con el silencio. ¡Qué gran cambio después de haber sido la ladrona de Los Pilotes, cubierta de barro, sudor y un humor de mil demonios! Kilorn lo sabe.

Mira comprensivo mis prendas, mi cabello, mi rostro. Parezco más sana que cuando me fui, igual que él.

—¡Eh! —extiende los brazos y giro sobre la pista. Mi suéter, chaqueta, botas y pantalones son de matices grises o verdes, colores apagados. No deseo atraer más atención de la que necesito—. ¿Ya terminaste tu prueba?

—Sí.

—¿Y cuál es el veredicto?

Me hace señas para que camine junto a él.

—Que no has dejado de ser una pesadilla —dice mientras igualo su paso.

Siento un estallido de calor en el pecho.

—¡Eso es fantástico!

Aunque Los Pilotes no fue un buen lugar para crecer, eso no significa que no viviera algunas buenas experiencias. Y tengo la suerte de decir que todavía están conmigo. Caminar junto a Kilorn en dirección a la ciudad y la finca del premier me recuerda días muy remotos, y esas pequeñas cosas que los volvían soportables.

Nuestro camino nos eleva sobre la urbe, cubierta de sombras ahora que los días han empezado a acortarse. Las luces salpican la ladera, y las que se mueven de un lado a otro manchan las calles principales. El lago que está al pie de la ciudad lo refleja todo como si fuera otro cielo, de azul oscuro con amarillo y estrellas rojas. Avanzamos despacio, para permitir que mis padres y hermanos se adelanten. Descubro que Kilorn admira el paisaje, como yo. Habíamos

olvidado lo bello que era esto, una ciudad inverosímil en un país imposible.

Por más que quisiera detenerme y contemplarlo todo, debo concentrarme en mi respiración. La vibrante electricidad que recorre la urbe es más intensa que la que he sentido en varios meses, incluso aunque nos atrapara una pasajera tormenta de truenos. Apela a mis sentidos, pide que la deje entrar. En vez de cerrarme a la sensación, accedo a que fluya en mí y llegue hasta los dedos de mis pies. Esto es algo que los electricos me enseñaron hace unos meses en otro país, en lo que parece otra vida. Es más fácil fluir que pelear.

Kilorn no me quita la vista de encima, con sus danzarinas ojos verdes. Pero no me siento escudriñada. No me mira para ver si mantengo el control. Sabe que no lo necesito para eso, ni a nadie más. Me controlo sola.

—¿Así que adónde he venido a meterme? —inquiero y percibo las luces de la ciudad. Algunas de ellas son de los transportes, que se entretejen en las calles. Otras son de ventanas, lámparas, farolas que titilan mientras la tarde da paso al crepúsculo. ¿Cuántas pertenecen a los funcionarios del gobierno, soldados o diplomáticos? ¿A los visitantes?

La finca del premier sobresale en una loma, tal como la recordaba. *¿Él ya se encuentra ahí?*

—Las cosas están tensas en la casa del premier —dice, y sigue mi mirada— y en la Asamblea Popular. Aunque ya no vivo por esa zona y ahora tengo una pequeña casa

colina abajo, es difícil no notar el constante tráfico hacia la montaña. De representantes en su mayoría, sus asistentes y algunos militares. Los voceros de la Guardia Escarlata llegaron ayer.

¿Y él?

Un nombre distinto cae de mi lengua y sabe a alivio.

—Farley...

Ella es lo más parecido que tengo a una hermana mayor. Me pregunto al instante si se alojará en la finca con nosotros o en otra parte de la ciudad. Confío en lo primero, por mi bien y el de mi madre. Mamá se muere de ganas de ver a Clara, y es probable que termine durmiendo dondequiera que su nieta esté.

—Sí. Farley está aquí, y ya les da órdenes a todos. Te llevaría a verla, pero ahora tiene una reunión.

Con la bebé en su regazo, sin duda, pienso, y recuerdo que también llevaba a mi sobrina a los consejos de guerra.

—¿Y en la comarca de los Lagos qué ocurre? Allí hay una guerra en curso todavía —aquí, allá, por doquier. Es imposible ignorar la amenaza que aún se cierne sobre nosotros.

—Está a la espera, en realidad —me mira y percibe mi confusión—. ¿No leíste los informes que Davidson te envió?

Aprieto los dientes. Recuerdo los paquetes, páginas de información mecanografiada que llegaban cada semana a la cabaña. Papá les dedicó más tiempo que yo, que en todo caso buscaba en ellos nombres conocidos.

—Algunos.

Sonríe y sacude la cabeza.

—¡No has cambiado! —dice orgulloso.

Sí lo he hecho, querría rebatir. Aun si la lista de todas las formas en que he cambiado sería infinita, lo dejo pasar. Acabo de llegar aquí. Puedo concederle a Kilorn un poco de tiempo antes de agobiarlo con mis problemas.

No me da oportunidad de tragar saliva.

—Sí, básicamente estamos enfrentados todavía —alarga una mano y cuenta con los dedos—. La comarca de los Lagos y las Tierras Bajas contra la República, la Guardia y los nuevos Estados de Nortá. Pero ahora estamos en un punto muerto. La comarca se está reagrupando todavía después de lo de Arcón, las Tierras Bajas se niegan a atacar solas y los Estados de Nortá no están por lo pronto en condiciones de pasar a la ofensiva. Todos estamos a la defensiva, a la espera de que el otro bando actúe.

Imagino un mapa del continente mientras caminamos, con piezas puestas en movimiento. Líneas divisorias bien trazadas, ejércitos que aguardan a emprender la marcha. En espera, en espera, en espera. De algún modo, en la cabaña podía fingir que el resto del mundo también seguía su curso. Que se recuperaba de la violencia igual que yo. Que si ignoraba los informes y evitaba las noticias del sur y el este, todo se resolvería sin mí. Una pequeña parte de mí pensaba que la guerra llegaría a su término fuera de mi alcance, cuando lo cierto era que se escondía por igual, contenía la respiración como yo. *La muy maldita. me esperaba.*

—¡Qué encanto! —tengo que decir. El pavimento está salpicado de escarcha bajo la sombra de los pinos, donde no llega el sol—. Así que no se ha conseguido ningún progreso.

Sacude la cabeza y ríe.

—¡Yo no dije eso!

—De acuerdo —me encojo de hombros con demasiado énfasis—. Como de costumbre, no era de esperar que supieras algo de verdadera importancia.

Suelta un grito ahogado y se lleva una mano al pecho, la imagen misma del orgullo herido. Se queda boquiabierto para esconder una sonrisa.

—Aunque no lo creas, soy muy importante para la causa. ¿Por qué crees que ayudo a Carmadon a obtener pescado para sus cenas?

¿Quién organiza giras de caridad en beneficio de los refugiados en los Estados de Norta? ¿Quién pide al gobierno de Montfort que asista a huérfanos de guerra dispersos en los campos de batalla que abrimos? ¿Quién duerme prácticamente en la oficina del representante Ravis y trabaja con funcionarios tanto Plateados como Rojos? Kilorn, desde luego, a pesar de que no es su estilo jactarse de esas cosas, por admirables que sean. Es curioso que las personas más valiosas suelen ser las más humildes.

—¿Y algunas veces asistes a esas cenas... con compañía femenina?

Un rubor escarlata sube por su cuello y llega a sus mejillas, pero no lo esconde. No tiene que hacerlo conmigo.

—A Cam no le gustan las fiestas —rezonga.

No te culpo, Cameron.

—¿Entonces vosotros...?

—Estamos juntos siempre que podemos, eso es todo. Ella tiene mayores y más importantes prioridades. Aun así, nos escribimos. Es mejor para eso que yo —su tono es práctico, sin trazas de envidia ni enfado por el tiempo que no pasa junto a él. Sabe que Cameron tiene las manos más que ocupadas con la reconstrucción de Norta—. Y ninguno de los dos es un soldado. No estamos obligados a hacer algo para lo que no estemos preparados.

No lo dice como un reproche. De cualquier forma, es imposible no hacer paralelismos con mi vida. Cada romance en el que estuve involucrada conllevaba una espada que pendía sobre mí, a veces de forma demasiado literal. Cal me besó cuando era la prometida de su hermano, antes de que partiera a la guerra, cuando yo era un secreto mortal oculto a plena vista. Maven me *amó* como pudo en circunstancias terribles, en las que me amenazaba la muerte y él era la mayor amenaza de todas. En realidad, no sé en qué consiste estar enamorada sin una nube de tormenta lista para estallar. Lo más parecido a eso que recuerdo es la temporada en la que estuve en la base de las Tierras Bajas, los días que pasé entrenando con Cal. Era entrenamiento para la guerra, desde luego, pero al menos no temíamos morir mientras dormíamos.

Jadeo de sólo pensarlo. Mi definición de normal es increíblemente retorcida.

El camino se curva cuesta abajo y llega a peldaños que ondulan por los prados sobre la ciudad. La finca del premier está enfrente, bañada por la luz dorada del sol. Los pinos se doblan sobre el recinto palaciego, más altos que la torre más elevada.

Cerradas contra el gélido aire otoñal, cada ventana centellea de tan pulida. Pese a que estamos demasiado lejos para distinguir lo que hay dentro, pestañeo ante las docenas de paneles de cristal en busca de un rostro conocido.

—¿Me vas a preguntar por él o seguirás dando rodeos hasta que lo mencione? —resopla al fin.

No pierdo el paso.

—Ya lo mencionaste.

Resopla otra vez.

—Se supone que Cal llega mañana por la mañana a más tardar —hace señas vagas hacia la finca. “Mañana por la mañana.” Mi corazón enloquece en mi pecho—. En compañía de Julian y su abuela, así como de otros miembros de la delegación de Nortá. Rojos, Plateados, nueva-sangres. Una variedad equitativa.

Miembros de las Grandes Casas de antaño, damas y caballeros que preferirían ensartar a un Rojo que sentarse a su lado. *Si no fuera por Cal, si no fuera por Montfort...* No puedo imaginar siquiera cómo es esa delegación, o cuán preñada estará de caos y conflicto.

Con Cal en el centro, pese a que ya no sea rey, sino poco más que un espectador, un soldado, una voz entre

muchas. No puedo imaginarlo así tampoco.

—Supongo que querrás hablar con él.

Siento náuseas. Claro que sí. Desde luego que me atreveré.

—Sí.

La última vez que vi a Cal, nos encontrábamos bajo la fría sombra de un avión y nos despedíamos. Estábamos molestos, exhaustos y acongojados, sumidos en el duelo. O al menos, yo lo estaba. Debía marcharme. “No te pediré que me esperes”, le dije. En ese momento, sentí que eso era lo correcto. Lo justo. Pero cuando lo dije, su mirada fue espantosa. Como si hubiera matado de nuevo a su hermano. Me besó y sentí que el dolor nos traspasaba a ambos.

—¿Tienes idea de lo que vas a decir? —Kilorn me mira de soslayo y apaciguo mi rostro, intento ocultar la tormenta que se desata debajo de él. Mi mente da vueltas en el huracán de todo lo que he pensado en los últimos meses. Todo lo que he querido decirle.

¡Te eché tanto de menos! Me alegro de haberme marchado. Fue un error que partiera. Hice lo correcto. Lamento haberlo matado. Lo volvería a hacer si tuviera que hacerlo. Ahora te necesito. Dame más tiempo. Te quiero. Te quiero.

—No estoy segura... —murmuro al fin.

Hace el chasquido de un maestro regañón. Y fastidiado.

—¿Callas porque no sabes o porque no quieres decírmelo?

—¡Apenas puedo hablar en mi cabeza, para encima tener que hacerlo en voz alta! —replico antes de perder el

valor—. No sé qué voy a decir, porque todavía no sé qué... quiero.

—¡Ah! —hace una pausa para pensar. Siempre ha sido muy extraña la mirada de Kilorn Warren—. Bueno, tienes todo el derecho de sentirte así.

Pese a que algo tan simple no debería darme alivio, lo hace. Pongo un momento mi mano en su brazo y aprieto. Me da un codazo en respuesta.

—Gracias, necesitaba eso —digo en un susurro.

—Lo sé —murmura.

—La cena de gala será el fin de semana —cuento las horas en mi cabeza: esta noche, todo el día de mañana, el día siguiente...—. ¿Realmente en Norta se necesita tanto tiempo para prepararse para una fiesta?

¿O quieren más tiempo aquí? ¿*Alguien* quería estar aquí antes? ¿Y permanecerá mucho después? Detente, Mare Barrow. Basta una mención de Cal, unas cuantas horas antes de verlo, para volverme loca. ¿Y por qué? Apenas han pasado dos meses desde la última ocasión que lo vi. Eso no es mucho tiempo, en absoluto.

¿Fue suficiente? ¿Para que sanáramos, olvidáramos, lloráramos?

¿O fue demasiado? ¿Él siguió adelante? ¿Esperó? ¿Yo lo he hecho?

Ambas posibilidades me llenan de un temor glacial.

—Si te hubieras molestado en leer tus informes, te habrías enterado de que la cena es una oportunidad —su voz me trae de regreso—. Una excusa para reunir en un

mismo lugar a todos los participantes clave de la alianza sin provocar demasiada expectativa. Aunque ya ha habido reuniones de delegaciones, jamás hemos podido reunir a todos. Los Estados, la Guardia, la República.

Entrecierro los ojos:

—La comarca de los Lagos no es tonta. Vigila nuestros movimientos. Es probable que tenga espías infiltrados en nuestras filas. Iris y Cenra sabrán que no nos dedicamos a beber y bailar toda la semana.

—Como dijiste, yo no sé nada de importancia —se luce, y tengo que mirar hacia arriba mientras continúa—. Farley mencionó algo sobre la negación. Si nos reunimos en consejos de guerra y hacemos claras nuestras intenciones, la comarca y las Tierras Bajas no tendrán otra opción que actuar primero.

Esta lógica resulta incontestable, pero ¿cuándo eso ha detenido a alguno de nosotros?

—Así que la fiesta es para ganar tiempo —murmuro.

—Y unos cuantos bebedores y bailarines nunca le hacen daño a nadie —se da la vuelta para dar un mayor efecto a sus palabras, sus botas resbalan en el asfalto.

Sé por experiencia que los bailes, las fiestas y las galas no son motivo de celebración, pero soy incapaz de arruinar el festejo. Sé que Kilorn está emocionado, y supongo que mi familia lo estará también. En casa, lo más que conseguimos alguna vez fueron unos cuantos violines en la plaza del mercado o algún granero. Nunca

han visto de lo que son capaces en sus placeres las cortes Plateadas.

Río y retiro de la hombrera de su chaqueta una inexistente mota de polvo. Le va algo pequeña, aunque le ajustaba bien hace unos meses.

—Espero que tengas otro traje a mano.

Retira mis dedos.

—Supuse que Gisa me ayudaría con eso.

Oigo a lo lejos que Bree pincha a nuestra hermana, a quien quizá le pide exactamente lo mismo. Sonrío ante la idea de que ella esté tan demandada. Disfrutará sin duda de rechazar a los chicos, o de obligarlos a vestir trajes cada vez más extravagantes.

Me pregunto qué tiene reservado para mí. De nuevo, mi corazón late con fuerza. No he tenido muchas razones para cultivar la belleza en los últimos meses. Sospecho que debería hacer un esfuerzo para una reunión tan importante y mostrar la parte del héroe que todos piensan que soy.

Y si esto hace sonrojar a Cal, tanto mejor.

—Gisa me ayudará, ¿cierto? —murmura con aprehensión mientras la mira.

—Vas a tener que hacer fila.